

"JACK EL LOCO"

En las sombras de nuestro mundo habitan seres que todavía no conocemos del todo bien: hadas, duendes, sirenas, trasgos y trapisondistas, entre otros muchos. Y es de esto mismo de lo que trata la historia.

En un lugar que todavía no se ha descubierto existe una civilización de ilusiones mágicas y es allí donde vive la reina de las hadas: Titania. Dicen que es de una belleza inigualable, seductora, refinada y poderosa como la que más, y que acompañada de Oberón reina sobre este fantástico mundo.

Hace mucho tiempo, no me acuerdo exactamente, una noche como otra cualquiera las hadas bailaban haciendo un corro alrededor de un hongo donde se encontraba sentada Titania. Todo ocurría como normalmente, cantaban, comían y se divertían cuando llegó un elfo a caballo, subdito de Oberón, con nuevas noticias: un hombre, un humano se había quedado dormidos sobre el túmulo de una de las entradas al reino de Titania y había entrado sin querer.

La reina de las hadas mandó a una pequeña súbdita suya, de las tres que tenía junto a ella, a que le preparara su carruaje y enseguida estuvo allí con doce mariposas azules amarradas con hilos de la más pura seda a una rosa blanca adornada con gotas de rocío. Se sentó rápidamente sobre los mullidos pétalos y en un instante estuvo junto a su amado Oberón, debía celebrar un juicio antes de que éste se despertara.

El elfo mensajero montó en su caballo blanco como la leche y galopó durante una larga jornada para hacer sonar los cascabeles de plata que colgaban de las crines del caballo y así convocar a todas las hadas y elfos existentes.

Cuando estuvieron todos reunidos se discutió qué debían hacer. Después de muchas palabras y cuchicheos, que opinaban a veces de cosas que no venían a cuento, se acordó que lo

mantendrían en su país como entretenimiento y para que les informara del otro mundo y así fue.

Cuando Jack se despertó pensaba que seguía soñando ¿cómo si no podía explicarse la existencia de aquellos seres?

Todas las noches complacía a los reyes con anécdotas e historias pero lo más frecuente era que tocara la flauta haciendo sonar bellísimas canciones. Tocar la flauta era lo que más le gustaba a Jack, aunque su instrumento fuera ya muy viejo y no sonara muy bien.

Cuando pasaron diez años Titania pensó que ya había transcurrido demasiado tiempo y Jack había servido de distracción durante más de lo que habían pensado todos.

Nadie quería decir adiós a nadie pero no se podía quedar más tiempo.

El día de la despedida se acercaba y la tristeza se podía ver a través de los ojos de Titania. Durante algunos días fueron llegando todo tipo de duendes y trasgos de las más variadas especies.

El día llegó. Una inmensa cabalgata de elfos a caballo: unos plateados, otros dorados ... Todas las hadas vestían de seda blanca y adornaban su pelo con lirios azules y blancos y los duendes y trasgos con sus mejores trajes de terciopelo. Jack estaba muy emocionado, no sabía que decir, su estancia había sido muy agradable y se había sentido como en su casa. Esa casa que hacía tanto tiempo que no veía.

Entonces, por un sendero verde, llegó Titania montada en su yegua, a su lado Oberón. Los dos lucían como estrellas en una noche oscura de verano.

La reina de las hadas bajó de su corcel y entregó unos pequeños obsequios a Jack, entre ellos destacaba una flauta que sonaba como las voces de las más frágiles y dulces hadas con la que podría llamarles siempre que quisiera. También las tejedoras reales habían hilado una capa de terciopelo azul. Cuando Jack se la abrochó al cuello, como por arte de magia, apareció en su cama como si todo hubiera sido un simple sueño pero descubrió con

asombro que vestía la capa y que sostenía entre sus dedos la maravillosa flauta.

Corrió a contárselo a todos pero nadie le creyó. Le tomaban por loco. A veces , hasta él dudó de su cordura pero en lo más profundo de su corazón recordaba la cálida y dulce mirada de Titania y los diez años de tertulias y festines vividos en una noche.

No se sabe si, tal vez, estaba loco de verdad o si por el contrario se volvió loco porque la gente no le creyó.

LAURA SÁNCHEZ VILLEGAS.
13 AÑOS, HUELVA